

**CUENTO N° 51**

**TITULO: EL PRIMER BESO**

**SEUDONIMO: TILDE**

**AUTORA: MARÍA IGNACIA EDWARDS FIGUEROA**

## El primer beso

## Tilde

Aquel fue un verano abrasador, el más feliz y a la vez, el último de mi juventud, aún no cumplía trece años y me parecía que todo había terminado. Pesada, lenta para asimilar y creer mi nueva realidad, sentía que ya no habría más veranos, tampoco luz, sol, risas y juventud. Todo nublado en medio del calor de los últimos días de febrero.

Éramos un grupo de niños que jugábamos por horas en la piscina de Anita, mi amiga del barrio de quién perdí el rastro cuando con mi familia nos mudamos de allí. Por al menos tres veranos seguidos la rutina fue la misma, pocas veces tuvimos un nuevo integrante al grupo o alguno de nosotros ya no venía más porque se había cambiado de casa.

El patio de la casa de Anita era descuidado, tres o cuatro frutales eran lo más bello del lugar y la piscina lo más importante. Sus padres trabajaban todo el día en el centro y una empleada vieja y cascarrabias era quién cuidaba de Anita y su hermano, un año menor.

Era, la única casa con piscina de la cuadra. Tenía forma de pera, muy baja en la parte delgada y hondísima en la parte gruesa. Recuerdo que no tenía filtro, la pintaban muy de vez en cuando por lo que en muchas partes la pintura celeste estaba descascarada como lo estábamos nosotros, los niños de la cuadra. Nuestros

## Tilde

cuerpos despellejados y sobre la nueva piel el sol nos quemaba dejándonos adoloridos, pero no le dábamos importancia.

Tampoco nos importaba bañarnos mientras se llenaba la piscina, el agua estaba muy fría. Sólo duraba limpia tres días, después comenzaba a juntarse una suerte de musgo invisible que ponía resbaloso el piso y paredes. El agua se iba tornando verde y el olor que día a día expelía jamás lo olvidaré. Ya en esos momentos el musgo se veía desde la orilla.

Pero nada de eso nos detenía, ya conocíamos el ciclo de la piscina. Cuando nuestros trajes de baños olían a agua estancada, el padre de Anita vaciaba la piscina y al día siguiente entre todos los niños la lavábamos rastrillando con agua fría de la manguera y detergente en polvo. Cada cinco o seis días nuestro cepillado desprendía restos de pintura.

Una vez llena de agua pasábamos los días lanzándonos de diferentes formas, demostrando nuestras destrezas y diversos estilos al nadar, nos hacíamos chinitas, teníamos partidos de pelota, guerras bajo el agua, buceos y competencias. Éramos felices con muy poco y con todo.

La costumbre que más nos destacaba, creo, del resto de los niños bañistas era que había una regla: Todos debíamos salirnos juntos del agua, y tomar sol jugando cartas, conversando y riendo hasta que todos los trajes de baños del grupo estuvieran secos. Totalmente secos. Esa era pues la pesadilla, el sol en nuestros

por Tilde

cuerpos y cabezas, hasta que la nueva piel quedaba de un rosado furioso y adolorida. Una vez secos, nos lanzábamos al agua en orden de acuerdo a quién iba ganando el cachi pun, y comenzaba el ciclo otra vez.

Hasta que apareció Esteban, un primo de Anita. Vivía en Argentina, y a comienzos de ese verano sus padres lo enviaron a Chile. Era un joven de quince años, no muy alto, pero sí muy bien proporcionado. Usaba un pelo más largo que el resto de los niños de nuestro grupo y hablaba con ese tono y con esa seguridad propia de los porteños.

Por primera vez yo, que tenía doce años, le pedí a mi mamá que me comprara otro traje de baño. Todas las primaveras, a todos nos compraban un traje de baño nuevo, con ese y el del año anterior nos arreglábamos. Esta vez quise tener otro más, también una toalla y hawaianas nuevas.

Ese verano comenzamos a poner música, a fumar a escondidas, a conversar de cosas profundas, a mirarnos de otro modo.

Todo mi interés se volcó en Esteban. Ni un solo movimiento mío, ni una palabra, braceada o zambullida al agua eran casuales, siempre estaba pendiente de que él me mirara y me escuchara. Por el rabillo de los ojos, por los poros, hasta por la espalda percibía a Esteban. Si me miraba, si me hablaba, si miraba o se reía mucho

Escrito por Tilde

con otra niña del grupo, mis cinco sentidos lo notaban. Si desaparecía por un rato todo se me volvía poco interesante.

Las jornadas en casa de Anita que antaño duraban hasta poco antes de la llegada de sus padres del trabajo, se prolongaron, muchas veces seguíamos en la casa de otro del grupo. Íbamos a escuchar música, guitarrear, jugar juegos de mesas.

Un atardecer Esteban se me acercó. Estábamos en mi casa, bajo la paulonia de mi jardín. Allí me preguntó si quería ser su novia, le dije que sí, ahí me dio el primer beso. Un beso suave y tierno que casi pasó desapercibido por culpa de los latidos de mi corazón que irrespetuosos parecía no querer dejarme respirar.

Se vinieron días de luz, risas, corazón rebozado, de uno y mil besos. De baños de agua, roces mientras buceábamos, baños de sol, caminatas al atardecer, música y ternura. Dos meses gloriosos, el primer amor.

Pero el tiempo pasó, llegaron los últimos días de febrero y Esteban tenía que partir. Una semana completa de despedidas, promesas, regalos, fotografías, y lágrimas.

Su vuelo era un jueves al amanecer. Puse la alarma a esa hora tal como habíamos convenido e imaginé que iba a su lado. Nos prometimos que siempre, aun cuando nos separaran kilómetros, en espíritu estaríamos juntos. Tendríamos paciencia hasta las próximas vacaciones, fecha en la que nos volveríamos a ver.

por Tilde

Abrí la ventana de mi dormitorio y contemplé la querida paulonia, según el horario el avión ya debía ir despegando. Estuve ahí por una hora acompañando a Esteban con mi corazón. Después volví a mi cama y me dormí prometiéndome escribirle ese mismo día.

A las 11.40 de la mañana mi madre me despertó, molesta la regañé:

- Mamá, estuve despierta de amanecida, déjame dormir.

Ella acarició mi cabeza con una ternura desconocida en ella. Me despabilé, abrí lo ojos. Mi madre lloraba:

-Hubo un accidente esta mañana. El avión de Esteban se estrelló en la cordillera. No hay sobrevivientes.

El día se oscureció, sentí que ese verano había sido el último de mi juventud y me pregunté cómo era posible que mientras miraba la paulonia no vi la muerte.

**FIN**